

LAURA FRANTZ

*El laird
desterrado*

Libros de
seda

*Para mi tatará-tatará-tatará-tatará-tatarabuelo,
George Hume de Wedderburn
(Berwickshire, Escocia)*



Capítulo 1

«Ningún hombre puede atar el tiempo ni las mareas».

ROBERT BURNS

KERRERA, ESCOCIA, 1752

Al caer el sol, Lark apoyó la espalda contra la escarpada pared del acantilado del levante de la isla. El mar se extendía ante ella como un manto en tonos azules, repleto de olas salpicadas de espuma que no daban tregua a los alcatraces. El viento le enredó el pelo suelto, sacudiéndolo como si fuera una bandera de color carmesí, como la tela de contrabando que había visto desembarcar en secreto la noche anterior. Eran tiempos plagados de peligros, de citas y aventuras a la luz de la luna. Los zapatos llenos de arena y las noches en vela. ¡Cuántas veces había rezado para que todo eso llegara a su fin!

En aquella noche de la fiesta de Beltane, tan emocionante, el único fastidio fue el molesto picotazo de los diminutos mosquitos que aparecían al atardecer; y también la robusta Jillian Brody, que estuvo a punto de tirar a Lark por el acantilado al tropezar con ella.

—Vaya con cuidado, ¡eh! Hay recaudadores de impuestos por todas partes.

—Espero no encontrarme con ninguno —respondió Lark mientras estiraba el cuello para contemplar el extenso cabo de la costa, que solo podía calificarse de majestuoso. No quiso decirle a Jillian que a ella le

preocupaba más el apuesto capitán del *Merry Lass* que sus arriesgadas escaramuzas, ni tampoco que desafiaba la oscuridad de la noche con tal de verlo a él o a su barco.

—Usted no está aquí por lo mismo que nosotros. —Jillian se las arregló para ponerse en pie en el inestable camino, con las manos apoyadas en las anchas caderas—. ¿Qué es eso que he oído de que no quiere ayudarnos a traer el botín?

—Remordimiento de conciencia —repuso Lark—. No me parece bien robar, aunque sea mejor que ser pobre.

—¡Bah! Sus compañeros no son tan valientes. Váyase con ellos —replicó Jillian con rencor. El viento de la noche le levantaba el vuelo del tartán.

Lark le hizo caso y se alejó rápidamente por el sendero. Era casi medianoche. El sol no caía hasta tarde, y esto dejaba muy poco tiempo para que los contrabandistas actuaran amparados en la oscuridad.

Nerviosa, subió mientras vigilaba la playa de vez en cuando. Esa miserable noche la mar no le había traído nada, ni siquiera un apuesto capitán de vuelta a casa. Entró en la granja, que no era más grande que un establo. Aquellas humildes paredes de piedra habían sido su hogar desde que nació. Solo su abuela y ella mantenían la turba a fuego lento para calentar el caldero de gachas de avena o de sopa, que siempre sabían a humo. Se aseó antes de ponerse un viejo camión y, exhausta, se dejó caer en la cama.

A la mañana siguiente, temprano, se dirigió al castillo de Kerrera en medio de la niebla. Se alegró de haber podido dormir un poco.

Al llegar a la fortaleza reprimió el impulso de colarse en el jardín amurallado y beber del manantial que brotaba en un rincón pedregoso. El agua estaba helada incluso con el calor del verano. A la mayoría de los criados no se les permitía entrar en el jardín; y a la señora de Kerrera no le gustaba que se viera al servicio. Aquella pérgola tan tupida estaba reservada únicamente a *lady* Isla y los pocos invitados que recibía.

Sorteó los parterres más cercanos a la cocina y llegó a su queridísimo jardín, el de las abejas. Podría quedarse allí, feliz, para siempre.

Un muro revestido de hiedra albergaba los numerosos panales, hechos con gruesos rollos de paja, que formaban cúpulas doradas con una pequeña puerta en la parte inferior. En ese preciso instante, sus inquilinas zumbaban una animada melodía mientras trabajaban entre seductoras caléndulas y borrajas, a la espera de un festín de bálsamo de abeja, boca de dragón y cosmos que llegaría con el verano. Con la entrada del mes de agosto se llevaría una o dos colmenas al brezo, para conseguir la miel de esas flores que tanto le gustaba al *laird*.

Miró hacia el baño para abejas que había construido años atrás, consistente en un plato desportillado y poco profundo para el agua fresca. Los guijarros de la playa estaban esparcidos de forma que aquellas criaturas tan atareadas pudieran posarse sobre ellos mientras bebían para no ahogarse. El zumbido parecía intensificarse con su llegada. Las abejas notaban su presencia, y su rumor subía y bajaba a medida que se movía entre ellas. No se comportaban así con todo el mundo; se limitaban a tolerar al ama de llaves y a rodear a las criadas pacíficamente. Sin embargo, una vez picaron a la cocinera con saña. El *laird* del castillo de Kerrera se movía entre ellas con tranquilidad y respeto, como ella; ambos se libraban de los dolorosos picotazos. Siempre se había preguntado cómo reaccionarían ante *lady* Isla, pero la esposa del *laird* rara vez se aventuraba a acercarse a las colmenas.

Al comprobar que todo estaba en orden, al menos en los jardines, se dirigió al castillo.

—Aquí está, por fin.

¿Llegaba tarde? La señora Baird, la severa ama de llaves, nunca la saludaba. Siempre conseguía que se sintiera culpable. Desde las entrañas del castillo sonaron las campanadas del reloj de péndulo que se encontraba en el salón de los criados.

No llegaba tarde. Llegaba a tiempo.

La señora Baird sacó de la *châtelaine* que le colgaba del cinturón la llave de la destilería. Lark la guardó, le dio las gracias murmurando y se volvió para salir. Anduvo por el camino de caracolas rotas hacia la pequeña construcción de piedra adosada al invernadero del castillo, dañado por una tormenta que había dejado cristales rotos a su

paso. Las pocas plantas que sobrevivían dentro buscaban el sol, adornando con flores vistosas una esquina.

La puerta de la destilería crujió al abrirse. El olor a piedra fría y húmeda y a menta picante la envolvió y le hizo recordar las tareas del día anterior. Descolgó un delantal, se lo ató a la cintura y se puso a trabajar.

Salió por la puerta trasera y se dirigió al huerto. Llenó de hierbas el cesto que llevaba colgado del brazo mientras consultaba, aunque se lo sabía de memoria, el libro de recetas que había dejado abierto en una mesa cerca de ella y entró de nuevo en su lugar de trabajo.

—Buenos días, Lark —saludó el *laird*, desde la entrada, haciendo que se sobresaltara. Vestía un traje de magnífica factura, hecho a medida. Tenía las manos entrelazadas en la espalda.

Seldom lo había hecho venir después de pasar sin verlo al menos quince días. Pasaba la mayor parte del tiempo en los tribunales de Edimburgo y la distancia había podido con su amistad. Ella ya había asimilado esa dolorosa realidad. Habían sido como uña y carne desde que su madre lo criara como nodriza. Entonces ignoraba que era un MacLeish, *laird* del castillo de Kerrera. Creía que era hijo de una de las sirvientas. Un niño de mejillas enrojecidas y pelo negro. Él no sabía que ella sí era hija de una criada. Se habían criado juntos, desde la cuna hasta poco después, correteando colina abajo horas y horas.

Al verlo, casi se le cae la cesta.

—Milord.

—Ya es suficiente, Lark.

La luz del sol inundó el espacio que los separaba. También el muro invisible que se había levantado entre ellos. No debía, ni podía, volver a llamarle Magnus.

—Llegamos muy tarde anoche. Le mandé un recado. ¿No le llegó? Nos faltaba tónico.

—No —respondió, notando su angustia. No pudo engañarla con su estoicismo; su sola presencia denotaba que algo iba mal.

—Al diablo con el correo —dijo con una exasperación evidente.

—No se preocupe tanto —le respondió como solía hacerlo en los viejos tiempos; odiaba que siempre estuviera tan enfadado.

—Kerrera no tendrá heredero —repuso, mientras miraba hacia el cielo con una seriedad inmutable.

Se quedó paralizada. ¿Qué podía decir? Seis hijos malogrados. Esa era la razón por la que la señora siempre se mostraba tan mustia. Kerrera necesitaba un bebé urgentemente, un heredero; pero no había cura ni receta para un útero cerrado, o eso decía su abuela.

—Los médicos han hecho venir aquí a *lady* Isla para que se recupere; lejos del hedor y del ruido de la ciudad.

Mezcló las hierbas que tenía entre las manos temblorosas. ¡Vaya apuro! No era ningún secreto que a la señora no le gustaban las islas Hébridas Exteriores. Creía que Kerrera era un lugar sin civilizar. Remoto. Muy poca cosa para sus sofisticadas raíces edimburguesas. Y ahora los médicos la habían vuelto a enviar aquí.

El *laird* se pasó la mano por el pelo enmarañado, con la mirada fija en el mar, de un tono más dorado que azul mientras amanecía por encima de las murallas del castillo.

—¿Qué me aconseja?

—Algún calmante —respondió, mirando entre las jarras y las vasijas del último estante mientras intentaba encontrar la fórmula precisa—. Camomila. Aceite de lavanda. Bálsamo de limón.

—¿Cuánto tiempo necesita para preparar un tónico?

—Las cosas de palacio van despacio —replicó—. Seguro que no quiere un remedio inútil. Además, tengo más de una receta en mente. —Se despidió de él flexionando una rodilla y salió de la destilería para recoger las hierbas que había olvidado.

—Confío en usted, Lark —le dijo cuando ella volvió a la destilería—. Incluso más que en los doctores de Edimburgo.

—Tal vez esté depositando su confianza en el lugar equivocado —le respondió. Reparó en sus ojos azul cielo más tiempo del debido, aunque solo fuera porque hacerlo aumentaba su dolor—. Rezar suele ser el mejor remedio, pero esto ayudará mientras tanto —afirmó, mientras le tendía un pequeño bote de cristal—. Dígale a la criada de

su señoría que vierta esto en agua muy caliente y lo deje reposar un cuarto de hora antes de dárselo a beber.

—¿Para qué sirve?

—Calmará el útero de su señoría. —Se sonrojó, ocupada ya con la siguiente tarea. Le incomodaba hablar de esos asuntos, pero no por eso dejó de decírselo—. Le devolverá la regularidad.

La escuchaba expectante, sin ningún tipo de vergüenza por su parte, pero claramente desconcertado. Incluso desilusionado. ¿Estaría pensando que tal vez aún podía tener un hijo?

Él desvió la mirada y, con la vista fija en el brebaje que tenía en la mano, se limitó a agradecerse en gaélico. «*Bethankit*».

El resto de la tarde, Lark se dedicó a meditar sobre la situación, pero el ensimismamiento desapareció de golpe cuando la puerta de la destilería se cerró y oyó un susurro detrás de ella. Se asustó, hasta que oyó una voz ruda pero familiar que provenía de detrás del seto y dejó de sentir el corazón acelerado.

—Prepárese para esta noche. Se espera la llegada del *Merry Lass*. Cuando vuelva a la granja al anochecer, extiende una sábana sobre el montón de turba una vez que reciba la información del desembarco. Si no hay moros en la costa, encenderé la luz. Dicen que los recaudadores de impuestos están merodeando por aquí.

—¿Involucrarme de nuevo en el contrabando? No puedo.

—¿Disculpe? Entonces, ¿es cierto eso que he oído? ¿No piensa ayudar? El capitán depende de usted.

Lark suspiró, indecisa entre retirarse o cumplir con su deber de camarada. Lo mínimo que podía hacer era extender una sábana, ¿no?

«Que Dios me perdone».

Le devolvió un «sí» reticente al mensajero y bajó hacia el acantilado. El mero hecho de nombrar a los recaudadores de impuestos era suficiente para quitarle el sueño.



—¿Y dices que el *Merry Lass* traerá un cargamento de sal?

—No, abuela, no he dicho eso, pero esperemos que así sea.

—¡Alabado sea Dios si así es!

Se sentaron juntas en la pequeña mesa y, delante de una ventana oscurecida por el humo del hogar, compartieron sopa de ortiga y las últimas *oatcakes* untadas con queso *crowdie*. Las vistas eran amplias, extraordinarias incluso para su abuela, que había pasado allí toda la vida. Su humilde granja del acantilado parecía estar a la sombra del castillo de Kerrera. Este quedaba por encima, la joya de la corona de la costa, con sus espléndidas paredes de piedra rosada y su profusión de torres y torretas: una señal inconfundible que indicaba a los barcos que habían llegado a tierra.

—¿Quién es el capitán del *Merry Lass*? —preguntó la anciana.

A Lark se le quitó el apetito.

—El capitán MacPherson... Rory MacPherson —contestó, tras sentir cómo se le revolvía el estómago.

—¡Oh! ¿El loco de Dirk?

—Ay, *granny*, ya hace tiempo que dejó de ser un niño.

—¿Crees que nos dará un saco de sal?

Lark, acostumbrada a las incesantes preguntas de su abuela, le dio otro bocado a una torta de avena.

—El pueblo entero lo necesita si quiere sobrevivir a otro invierno tan largo como este.

—El *laird* no va a permitir que nos muramos de hambre.

La anciana sirvió el té con una firmeza que ponía su edad en entredicho. El vapor llenó el ambiente con un aroma cargado de culpa. Era té irlandés de contrabando, igual que la sal que estaba por venir.

—El último lugre solo trajo *whisky*, y eso solo lo necesitamos como medicina o para confundir a los recaudadores.

Sin embargo, la sal era imprescindible para conservar el pescado; y nadie podía permitirse comprar sal, ni té, desde que la Corona comenzó a gravar ambos productos hasta la saciedad.

—¿Cómo están las cosas en el castillo? —preguntó la abuela, tras dar un pequeño sorbo al té.

—*Lady* Isla ha vuelto a perder al bebé —dijo, sin querer añadir nada más.

—Que Dios la bendiga. —Cerró los ojos, con gesto implorante—. Y al *laird* también.

—¿No existe nada que les ayude a engendrar un heredero?

La abuela se quedó pensativa. En su día, había sido la dueña de la destilería, y la madre de Lark había ejercido como nodriza.

—La cabeza ya no me funciona bien. Yo ya no sé nada.

—Bueno, si alguna vez se acuerda... —Se quedó con la mirada fija en el té; deseaba que tener bebés fuese tan fácil como tener sal.

¿Dónde estaría el *Merry Lass* esa noche? Aunque insistía en localizarlo, el barco parecía esquivarla. Aquel velero negro de velas oscuras era casi invisible en una noche sin luna. El sol caía por el oeste y cabalgaba sobre el mar como si de un globo de fuego se tratase, arrojando rizos de luz sobre la cresta de las olas.

Irradiaba calma. Calor. Lark observó la parte de la playa donde se reunían los primeros carretilleros en busca del cargamento. Poco después, la arena se llenaría de carros y caballos, de mujeres de la isla armadas con garrotes y horquetas para proteger la mercancía hasta el interior de la isla.

Debían poner vigías antes de que el *Merry Lass* izara todas las velas y se dirigiera directamente hacia ellos, así que extendió una sábana sobre el montón de turba mientras alguien encendía una luz.



En aquella inmensa cueva marina solo había unos pocos litros de brandi a un lado y algunas literas al fondo, vacías y sombrías. A medida que avanzaba la noche, el agua gélida lamía los pies descalzos de Lark y jugueteaba con la punta de las botas del capitán. Casi no tenían tiempo de hablar cuando subía la marea. Así era siempre. A contrarreloj. Pocas palabras. Pura frustración.

—Entonces, ¿qué necesita? Rápido. —Rory MacPherson, vestido con botas altas, pantalones de tela escocesa y jersey de rayas, tenía

el aspecto de un pirata, con pistola y sable en mano. Quiso quitar hierro al asunto de los recaudadores de impuestos llamándolos por su nombre, pero con cierta cautela—. No querría ver que esta joya acabase en manos de los delatores, ¿de acuerdo?

Ella sonrió y Rory le devolvió la sonrisa. Aquella noche, una vez más, los contrabandistas habían sido más astutos que los recaudadores. El botín había sido todo un éxito. Cuarenta cajas de té, treinta esterillas de hojas de tabaco enrolladas, trescientos litros de brandi, dos barriles de higos y regaliz dulce, un buen cargamento de sal y avena.

—Sal y avena —dijo Lark, imaginando el regocijo de su abuela—. Y, por qué no, melaza.

—A la orden.

¿Estaría sintiendo él sus mismas emociones? ¿Sus mismas suspicacias? La joven se balanceaba como un péndulo. Estaba a punto de decir «té», pero no quiso abusar.

—¿Té? —preguntó él, decidido, como si pudiera leerle la mente—. ¿Quiere unas cuantas cajetillas o una caja entera?

—No puedo llevar una caja...

—Yo lo haré. Pasaré por allí de camino a El Cardo. Lleve lo demás.

Iban muy cargados, pero era fuerte y rápida; a menudo debía recorrer caminos abruptos durante la noche, alumbrada únicamente por las luces del castillo de Kerrera. Faltaba poco tiempo para que la marea borrara las huellas que habían dejado y devolviese el *Merry Lass* mar adentro, llevándose consigo al capitán.

Sin aliento y con el chal medio caído, lo siguió por el acantilado; la euforia de una despensa llena se vio ensombrecida por la separación inminente. Rory no se quedaría mucho más tiempo. Estaba allí, sano y fuerte, avanzando con seguridad, aunque se desprendiera alguna que otra piedra a su paso, pero pronto se iría y no tendría de él más que el recuerdo. Sentía que cada vez que se marchaba perdía otra parte más de él. Terminaría siendo tan intangible como la niebla sobre el agua.

Ya había sentido eso mismo cuando el *laird* se casó. Había sido una parte esencial de su vida hasta que apareció Isla y todo cambió. Rory se echó a la mar poco después y ella se sintió destrozada por ambas pérdidas. Mientras ellos se abrían su propio camino en el mundo, ella seguía igual que siempre: atada a la granja y al castillo.

Miró hacia arriba alertada por el ruido de los truenos. Aquella noche, el castillo de Kerrera resplandecía como si tuviera un inmenso farol justo encima. Aparto la vista un momento del camino, o más bien, de la ancha espalda de Rory cargada con la caja llena de té, para fijarse en la ventana más grande de la torre.

Mientras tanto, el *laird*, Magnus MacLeish, los miraba desde un altozano. La joven resistió el impulso de levantar la mano para saludarlo. Su esbelta silueta le resultaba más familiar que la robusta figura del capitán que tenía frente a ella. Se quedó ensimismada durante más tiempo del que debía. Se resbaló y empezó a sentir un agudo dolor en el tobillo, que se le había doblado. Los guijarros salieron disparados como perdigones y el ruido hizo que Rory se diera la vuelta.

A veces, cuando la amenaza de los recaudadores hacía que fuera demasiado arriesgado trasladar la mercancía a la ciudad, el cargamento se ocultaba en los sótanos del castillo. Pero aquella noche, libres de peligro, podían caminar tranquilos y cargados de mercancía. Aunque ya le costaba respirar, se incorporó un poco más cuando llegaron a la cima del acantilado y dejaron atrás el camino, un alivio para el maltrecho tobillo.

—¿Sigue ahí?

—En efecto —dijo, cambiando la carga; las correas de cuero se le clavaron en la espalda.

—¿«En efecto»? —repitió, burlándose de ella—. ¿Por qué habla así, tan fina? ¿Quiere parecer más refinada? Bastaba con un simple «sí».

Se abochornó, y se alegró de que la oscuridad disimulara el rubor de sus mejillas. Era algo que había oído decir a la señora con tono forzosamente aristocrático. Desde entonces, «sí» le parecía demasiado común, casi vulgar, como la vieja granja que tenía delante: de

un bonito color blanco gracias a la luz de la luna, pero, al fin y al cabo, simple. Sin adornos.

Una vez allí, Rory soltó la caja de té y, de igual manera, Lark dejó lo que llevaba. La abuela abrió la puerta de golpe mostrando una amplia sonrisa, en la que ya faltaban varios dientes.

—Cada uno recibe lo que da.

Rory hizo una pequeña reverencia ante sus palabras, pero la cordialidad duró poco. Por unos segundos, pareció que la mujer había olvidado lo poco que le agradaba el capitán.

Lark miró a su alrededor en busca de alguna sombra escondida bajo las primeras gotas de lluvia, que le vaticinaban a Rory un camino hasta El Cardo pasado por agua. Mientras la joven hablaba con el capitán, la abuela comenzó a meter la mercancía poco a poco para esconderla en el hueco bajo la chimenea.

—Se lo agradezco.

—¿Eso es todo lo que me da? —respondió el hombre.

Acostumbrada a sus burlas, se despidió de él con una reverencia. Ni siquiera el canto alegre de la tetera de la abuela le sirvió para disipar la tristeza que le causaba ver a Rory alejarse de ella con el sombrero en la mano.

«Ojalá algún día me cuentes cómo son tus viajes. Si las damas francesas son tan atractivas como dicen. El verde de Irlanda...», susurró, con una voz ahogada en la húmeda oscuridad, al verlo marchar.

No era de extrañar que quisiera irse lejos. En El Cardo hacía algo más que beber. Había oído historias que contaban cómo seducía a las muchachas de las tabernas con cintas de raso y con encajes traídos de puertos extranjeros. A ella no le regalaba ninguna de esas fruslerías, solo té, sal y avena; un gesto que tenía tanto atractivo como la leche cuajada.

Sin embargo, sus encantos no bastaban. No podía retenerlo. Ni siquiera tenía cerveza para engatusarlo. Mostraba menos intención de hablar con ella que el *laird* en los últimos tiempos. Pero, aunque él le hubiese prestado atención, sentiría la misma congoja. Todo este contrabando la estaba consumiendo por dentro.

La abuela se asomó por la puerta abierta, como si quisiera acompañarla en la despedida.

—Lark, bébete el té —dijo.

Y eso fue lo que hizo.



Capítulo 2

«AVENA, sust.: Cereal que en Inglaterra sirve de alimento a los caballos, pero con el que en Escocia se alimentan las personas».

SAMUEL JOHNSON

Magnus recorría los pasillos oscuros del castillo, alumbrado únicamente por la luz de una vela que bailaba al son de la corriente de Kerrera. Hacía frío para haber entrado ya el mes de mayo, y el invierno había sido largo y miserable. No lograba quitarse de la cabeza a los niños del pueblo que habían muerto a causa de las enfermedades y la escasez de alimentos durante aquellos gélidos meses; unos pensamientos tan fijos como las cruces puestas sobre las tumbas del cementerio de la iglesia. Ese recuerdo y su deseo de tener un hijo se fundían en una tristeza infinita que intentaba sanar con rezos, pidiéndole a Dios un tiempo más cálido y favorable.

¡Qué diferente sería todo si en los salones de Kerrera se oyera el eco de las risas infantiles! Seis hijos perdidos en otros tantos años. ¡Lo que daría por tener a media docena de criaturas haciendo ruido en la mesa y llenando el salón de juegos! Pero debía asumir la cruda realidad: el castillo estaba condenado a quedarse vacío y sin la algarrabía de los niños.

Su esposa era débil, aunque no de voluntad. Su ascendencia e incluso una mandíbula prominente que le endurecía los rasgos ya le

habían hecho sospechar que no sería la pareja idónea para él. Y era estéril. Incapaz de llevar un hijo en su vientre. Ojalá lo hubiese sabido antes de la petición de mano. Aquel «hasta que la muerte nos separe» estaba ahora ligado a un anillo que lo aprisionaba. Pero él cumpliría su palabra y el compromiso que tenían, y seguiría rezando por un milagro.

Entró en la habitación de Isla pisando con cuidado para no molestarla. El ejemplar de *collie* se puso a su lado y sintió cierto consuelo cuando tocó su hocico húmedo.

La puerta de la alcoba estaba un poco entreabierta y pudo oír su voz.

—¿Magnus?

Antes de entrar, le hizo un gesto a *Nonesuch* para que se quedara en el umbral de la entrada. La vela que llevaba estaba a punto de apagarse. No importaba. La habitación de su esposa, decorada con innumerables adornos dorados y los mejores muebles de todo Londres, resplandecía gracias a una docena de luces, si no más, repartidas entre varios candelabros. A pesar de lo tarde que era, aún tenía un libro abierto en el regazo y varios más en la mesita de noche. Se pasaba los días leyendo, y a veces también las noches, hasta que las ojeras superaban el tamaño de los ojos. La biblioteca de Kerrera parecía ser más suya que de Magnus. Él era un hombre de acción que se encargaba de los arrendatarios y las tierras de su propiedad, con poco tiempo libre para dedicarse a leer cualquier cosa que no fuese las Sagradas Escrituras.

—Isla —dijo, desde los pies de la cama que compartían cada vez menos. El fuego del hogar le calentaba la espalda, pero no conseguían que el calor llegase a todos los rincones del gélido castillo. La criada de la señora estaría ocupada haciendo lo que fuera que hicieran las criadas de las señoras.

—No puedo dormir. —Apartó el libro y acarició a los dos carlinos que había a su lado—. Necesito un poco más de ese tónico de la destilería que hace la encargada de las abejas.

—¿Te refieres al remedio de Lark?

Isla hizo un gesto de desagrado. Él recordó que a su esposa le molestaba que llamase a los criados por su nombre. Ella siempre se refería a ellos de modo que quedase clara su posición de inferioridad con respecto a ella. Y a él eso le molestaba.

—Sí, la criada de la destilería.

—¿Tu criada no te ha dado un poco esta mañana? —preguntó.

—En efecto. Pero ya no lo noto, la dosis que me da es ínfima. ¿No puedes mandar a buscar a la muchacha ahora? ¿Despertarla?

—No. —Volvió a recordar que a medianoche había visto por última vez a Lark en el camino del acantilado con el cargamento. Ya estaría en la cama tras haber tomado el té con su abuela, como solían hacer los tres antaño. Se lo habrían bebido mientras la antigua dueña de la destilería les contaba historias sobre los años de gloria de Kerrera, cuando aún vivían su padre y su abuelo, los antiguos *laird*—. Volverá mañana. Espera hasta entonces.

Isla puso mala cara. Discutir no le serviría de nada. «No» era «no».

—Dile que sea generosa con la cantidad. No me gustaría quedarme de nuevo sin dosis.

Él le dio las buenas noches y se dirigió a la sala de estar que unía sus dormitorios, pero se detuvo en seco al oír a Isla:

—La criada me ha dicho que había contrabandistas en la playa antes de que volviera a subir la marea. ¿Es eso cierto?

—Sí, después del atardecer. —¿Por qué lo preguntaba? No solían hablar de lo que pasaba al caer la noche, ni siquiera cuando él desaparecía—. Todo en orden. La mercancía ya va de camino a la ciudad.

—La última vez se almacenó una cantidad considerable en la iglesia.

—Nadie lo sospecharía —respondió él.

—El reverendo Blackaby es más borrachín que santo.

—Todos tenemos nuestros pecados —repuso Magnus en voz baja.

Isla se recostó sobre las almohadas y se deshizo la trenza dorada con manos temblorosas.

—Prefiero que sea él quien cuelgue de una soga y no el *laird* de Kerrera.

—No hay horcas a la vista —replicó, señalando hacia los postigos cerrados.

—No te lo tomes tan a la ligera. A veces los sótanos del castillo están tan llenos como la iglesia, pero haces la vista gorda ante todos esos tejemanejes...

—La última vez que se almacenó algo en los sótanos fue sal. Y avena. Alimentos básicos. ¿Quieres que los niños se sigan muriendo? ¿Que enfermen por la escasez de alimentos? —gritó, mientras sostenía la vela en alto—. Es un pequeño riesgo que tenemos que asumir si no queremos ir mendigando el pan.

Miró hacia otro lado, furiosa. Su criada, que estaba siempre presente, tardaba en devolver al estuche las joyas que la señora había llevado puestas durante la cena. ¿Estaría escuchando a escondidas otra vez?

—Buenas noches —volvió a decir él, mientras pensaba en la doble ración de bienes de contrabando que el reverendo había enviado aquella misma noche a las granjas de los más necesitados. Pero ¿les llenaría eso el inmenso vacío de su corazón? ¿Acaso les devolvería a sus seres queridos? Por supuesto que no.

Llamó al *collie* con un silbido agudo y abrió la puerta de su dormitorio, situado en la torreta, cuyas paredes cubiertas de tapices mantenían el calor del fuego. Se quedó ante la chimenea, donde la madera crujía al quemarse, y avivó las llamas con lo que quedaba de la vela. El viento soplaba cada vez más fuerte y se colaba por la chimenea, llenando la estancia de humo negro a su paso. No le importaba. Le recordaba al aroma de otros tiempos más apacibles. A la infancia. A los despreocupados días en Kerrera.

En gaélico y en voz baja, dio rienda suelta a su angustia: «Es mejor vivir en el desierto que con una mujer quisquillosa y pendenciera».

El severo proverbio de las Sagradas Escrituras le llevó a otro más conciliador: «Maridos, amad a vuestras mujeres».

—¿Listo para retirarse, señor? —Brown, su criado, apareció con la Biblia y con una copita de *aqua vitae*; las dos cosas le reconfortaban, aunque no dejaba de ser una combinación verdaderamente curiosa.

Brown salió del dormitorio y Magnus se sentó en su silla preferida, con los pies cerca del fuego, mientras una ráfaga de viento extendía algo más que humo en sus aposentos. Ya era de madrugada desde hacía horas. Noche cerrada. Abrió el Libro de los Salmos y leyó en gaélico las sagradas palabras que había repetido casi todas las noches desde que contrajera matrimonio.

«Herencia de Jehová son los hijos, cosa de estima el fruto del vientre. Como flechas en la mano del valiente, así los hijos habidos en la juventud. Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos».



Media medida de consuelda. Una pizca de bálsamo de limón. Un puñado de menta. ¿Qué faltaba por recoger? ¿Cuándo sería la próxima vez que necesitaría algo de aquello? Haberse criado en el castillo junto a su abuela le había enseñado muchas cosas. Lark conocía bien qué hierbas eran curativas y cuáles venenosas. Tenía en sus manos el poder de sanar o dañar, y no era una tarea que se tomara a la ligera. Era la reina de la destilería y las abejas, o al menos eso es lo que dijo una vez el *laird*. Un día se la encontró entre las colmenas del castillo, con una corona de margaritas y las abejas revoloteando a su alrededor. También dijo que «la luz del sol le había vuelto dorada la piel, desde la cabeza ardiente hasta los pies descalzos». Ella ya no recordaba aquel encuentro sucedido tanto tiempo atrás; sin embargo, Magnus no había sido capaz de olvidarlo.

El día siguiente al desembarco del *Merry Lass*, se había puesto manos a la obra, con la maja y el mortero para moler el romero seco hasta convertirlo en polvo. Aquel aroma intenso era para ella como el más dulce de los perfumes. La reina de la destilería y las abejas, en efecto.

—¿Está trabajando?

Lark se volvió. Era Rhona, la criada de la señora. Sintió el impulso de retroceder como habría hecho ante una víbora. Aquella mujer nunca la miraba de frente. Igual que Isla, dirigía la vista cualquier otra parte, como si no pudiera rebajarse a mirar a una criada a los ojos.

A su vez, Lark era cortante, siempre intentaba acabar lo más rápidamente posible con sus incómodos encuentros.

—¿Qué necesita?

Rhona entró con el ceño fruncido.

—No es para mí, sino para su señoría. Desea una tintura de vino... algo más fuerte.

—¿Más fuerte? Estoy pensando en un remedio que realmente pueda ayudarla, no en bebidas alcohólicas.

Rhona se acercó a la mesa, o, mejor dicho, a la tabla de roble costero que le servía de mesa de trabajo, para examinar las hierbas recogidas.

—¿Qué está preparando?

—Alivia el reuma. *Auld* Abel, el jardinero...

—¿El jardinero? Es la señora quien necesita que la atienda.

Rhona se cruzó de brazos y prosiguió:

—¿Tiene algo que no sea para dormir? ¿Algo para el vientre?

Seis hijos malogrados. Lark se mordió el labio. «Me estás pidiendo que te baje la luna», pensó.

—Sí. Oración.

—¿Está insinuando que su señoría no es una buena devota?

—No estoy al tanto de los hábitos de la señora, no sale muy a menudo.

—No se encuentra lo suficientemente bien como para salir de su alcoba, excepto para cenar con el *laird*.

Lark continuó mezclando y machacando los ingredientes.

—Haga que se levante, que tome unas gotas de *whisky* con la crema de avena, que ensille su yegua y que cabalgue por la playa, que pasee por el jardín bajo el agradable sol de la primavera.

—¿Eso es lo que hacen los de la isla? Es tan... vulgar —dijo con un gruñido.

—Permanecer en cama solo la debilitará aún más.

—Entonces, ¿no tiene hierbas? ¿Ningún remedio? Usted es la encargada de la destilería. ¿No aprecia su trabajo?

Lark permaneció en silencio cuando la alta figura de señora Baird apareció por la puerta.

—Su señoría la está llamando, Rhona. No le gusta que le hagan esperar.

Cuando terminó de mezclar los ingredientes, Lark comenzó a poner en bolsitas el remedio para el reuma, mientras Rhona desaparecía sin decir ni una sola palabra ante la reprimenda del ama de llaves. Al verla marchar sintió una punzada de compasión. A pesar de su carácter, no dejaba de ser una criada expuesta al variable estado de ánimo y a los caprichos de Isla, siempre a disposición de su señora.

El ama de llaves se acercó y se levantó una manga, mostrando un brazo pálido que poco antes había estado enrojecido a causa de una irritación.

—El bálsamo que me dio fue bastante eficaz.

Lark sonrió.

—No es más que aceite, avena y sal marina. —No quería atribuirse el mérito de los regalos de la naturaleza—. Con gusto haré más si lo necesita.

—Dudo que haga falta.

La señora Baird pasó a una antesala donde se reunió con la cocinera para tratar sobre las provisiones que debían tener en la despensa para el próximo baile.

—150 mililitros de brandi para el pastel del *laird* —dijo la cocinera, tomando nota en un papel—. Y un buen puñado de grosellas y pasas.

—No olvide el agua de rosas ni la esencia de limón —añadió el ama de llaves—. Y una cantidad generosa de canela.

—Sí, por supuesto. Su señoría desea un plato especial —protestó la cocinera con una expresión enojada—. Se pasa la vida deseando cosas.

Las dos mujeres bajaron el tono de voz. Lark recordó cuando, seis años atrás, Isla llegó a las puertas de Kerrera. Aquel día otoñal todos los criados se habían puesto en fila para recibir a la nueva señora del castillo, llevando cada uno algo que indicara el servicio que prestaba. El cocinero sostenía una batidora; los mozos de cuadra, herraduras y fustas; el mayordomo, una pequeña bandeja de plata; y las doncellas, plumeros.

Lark, por su parte, sostenía un ramo de lavanda que para ella representaba la sutileza, la gracia y la elegancia; era lo que esperaba que la nueva señora trajese del lejano Edimburgo. Los tallos de las flores estaban atados con una cinta de seda del baúl de su madre. Cuando se lo tendió a la esposa del *laird* al pasar, Isla no solo no lo aceptó, sino que se apartó, con las faldas de seda arremolinándose a su paso.

—No te preocupes —le dijo más tarde la abuela, intentando consolarla—. Lo más seguro es que no lo haya visto. Piensa en el espectáculo que se encontró: un ejército de criados y un viejo castillo. Y nunca había visitado la isla.

Tal vez hubiera puesto las expectativas demasiado altas asumiendo que aquella dama tan arrogante fuera a aceptar su humilde regalo. Fue Magnus quien, al final, recogió el ramo de la mano de Lark. Un gesto que la alivió un poco del desprecio de su esposa.

—Necesitaremos que nos ayude en el baile, Lark —dijo la cocinera, desde un extremo de la mesa, con una lista interminable en la mano—. Fiona ha salido porque su bebé está enfermo, y Archie está en Oban para asistir al velatorio de su padre. Su abuela también puede ayudar si quiere. En la cocina, al menos —aclaró, consciente de la falta de personal. Después, con un gesto pensativo, añadió—: Se espera que lleguen al menos cien invitados. De hecho, están preparando el salón principal mientras hablamos, será todo un festín. El *laird* ha mandado traer dulces y demás provisiones desde Glasgow.

A Lark le dio un vuelco el corazón. Dos veces al año se celebraba el baile del *laird*. Solo en esos eventos extraordinarios todos se sentían

libres de sus tareas. Aunque la fiesta era para los criados e inquilinos de Magnus, a ella no le importaba ayudar, pues se sentía una más. La alegría superaba al esfuerzo extra. Se vestiría con sus mejores galas. Tal vez incluso se animara a bailar un *reel* o una giga. Habría pequeños regalos para cada uno, y algún que otro cumplido. El *laird* lo revisaría todo.

¿Asistiría el capitán?

Rory MacPherson era un buen bailarín. No tanto como Magnus, pero sí más accesible. Con Rory la diferencia no parecía tan abismal, no tenía otro título más que el de capitán y no estaba casado. Suspiró esperanzada. ¿Seguiría en El Cardo?

La señora Baird y la cocinera salieron de la destilería dispuestas a aprovechar los quince días que aún quedaban hasta el baile. Para Lark sería tiempo más que suficiente para confeccionar su vestido, arreglarse las medias y las ligas, llevar los zapatos al zapatero, decidir cómo se peinaría, y prepararse para dominar su decepción por que el capitán no asistiese.

Y para pensar en cuál sería el mejor tónico para *lady* Isla.